LA BARCA DEL PESCADOR

Aniceto Valverde Conesa

Ilustraciones: Isidoro Conesa Godínez

Para David y

Ana I. Valverde Soria

Un hombre puede ser destruido, pero no derrotado.

Ernest Hemingway. *El viejo y el mar.*

Mi más sincero agradecimiento a:

José Alberto Asencio Egea y a

Juan Antonio (de Cabo Palos)

- I -

En principio fueron el mar y la ciudad

Corrían los inicios del año 68 y aún gobernaba el emperador Nerón, incluso después de que ciertos rumores le atribuyeran haber causado el incendio de Roma acaecido en el 64, lo que al parecer había hecho con el solo propósito de achacárselo a un grupo de ciudadanos a los que odiaba. En Cartago Nova un hombre austero y sabio conocido por el nombre de Galba, que presidió ese año el concilio provincial de la Citerior, fue su gobernador hasta que ese mismo año, junto con su homólogo de la Galia Lugdundense (C. Julio Vindix), se sublevara contra la tiranía y la locura del emperador de la lira.

Algunos afirmaban que Galba profesaba en secreto una nueva fe que intentaban extender por todo el Imperio unos pescadores originarios de Galilea. Pero nada se había podido confirmar en este sentido, ni nunca nadie tuvo prueba alguna de este hecho más que quizás la cierta sensibilidad que demostraba ese hombre con los más desfavorecidos, lo que por otra parte podría ser un rasgo de la personalidad amable y del sentido de la justicia social de quien en el mes de octubre de ese mismo año llegaría a ser proclamado

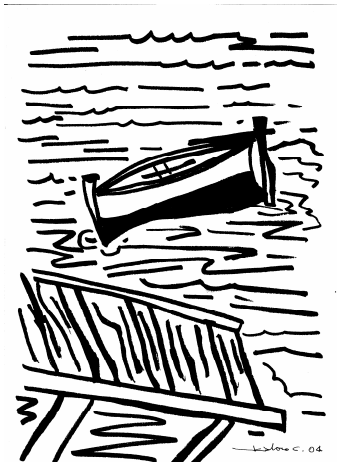
emperador de Roma, aunque en su modestia no aceptara más que ser llamado *vir militaris*, es decir, el lugarteniente del Senado y el pueblo romano.

Pero de momento Galba era procónsul y se encontraba en Carthago Nova, aunque quizás por estas fechas, primer trimestre del año 68, ya estuviera pensando en combatir y tratar de poner fin a los desvaríos de Nerón seguramente incitado por las noticias que los propios soldados bajo su mando traían sobre la situación de Roma hasta Hispania.

La ciudad de Carthago Nova mostraba un aspecto impresionante ya se llegara a ella por tierra, por la vía que la comunicaba con Tarraco, la llamada vía Augusta, ya se entrara por mar a través de su bahía natural y se llegara al puerto. A mano izquierda de la bocana estaba el muelle comercial, un hervidero de gentes de todos los pueblos conocidos hablando diversas lenguas confundidas entre el gemir de las maderas de los buques desde los que constantemente eran cargadas y descargadas un sinfín de mercaderías. La actividad comercial era intensísima y bajo los soportales de la columnata toscana de lo que luego sería la Puerta de Murcia y calle de la Morería podía

encontrarse cualquier cosa procedente hasta del último rincón del Imperio, y, por tanto, del mundo conocido en esta época.

Pero es a la derecha donde conviene que nos centremos, dejándonos llevar por la suave brisa del suroeste, el llamado lebeche o viento de Libia, hasta alcanzar la orilla donde atracan los pescadores sus botes, de mayor o menor calado según las faenas a las que los dedican, desde los pequeños que pescan al volantín en las cercanías de la isla Scombraria hasta los mayores dedicados a los atunes. Encima de esa pequeña ensenada que forma la playa se encuentra el arrabal en el que viven los hombres humildes de la mar, dejándose caer por la ladera de la colina que está presidida por el templo de Mercurio, el dios del comercio, y tal vez la columna dedicada a los Lares. Las murallas de la ciudad no encierran este barrio, sino que lo dejan aislado como si fuera una isla.



Fue en este tiempo cuando un viejo liberto llamado Lucio, Lucio Lucrión, liberto de Lucio Aquileus, patroneaba una traíña cuyo nombre era *Dea Caelestis*. La barca se llamó antes *Tanit*, pero el viejo en secreto la llamaba *Piscis*, y había

grabado en uno de los costados de la barca ese símbolo (dos peces uno bajo el otro mirando en dirección contraria) acompañado de otros dibujos todavía extraños para ese tiempo e ilegales hasta que Constantino dictara el Edicto de Milán en el año 313 de nuestra era.

Aun así llevaba cien días sin que ninguno de los dioses de la mar le fuera favorable. Era un viejo enjuto, de brazos y piernas que parecían sarmientos. La piel morena y curtida por el mar le formaba tantos pliegues en el cuello que parecía el de una tortuga que dejara salir su pequeña cabeza del caparazón pues esta misma la tenía angulosa y casi sin pelo. Pero en sus ojos azules aún conservaba el brillo de la vida. Si alguien le hablaba mirándole fijamente podía ver en ellos todo lo que el viejo había pasado y sabía como si le estuvieran proyectando la película de su vida desde el fondo de sus ojos diluida en lo acuoso del mar, lo que los hacía parecer infinitos.

Todos los atardeceres regresaba sin captura alguna y cada mañana partía con un miembro menos de la tripulación, en su mayoría de origen africano, convencidos de que la mala suerte se había apoderado de la nave y que no sólo no pescarían nada que les permitiese ganarse la vida, sino que ésta misma corría peligro de perderse porque algo había molestado a los dioses y su ira, en forma de tempestad, se la arrebataría.

Pero Lucio cada amanecer volvía a poner su barco proa al mar sin desanimarse aun cuando ya casi partía solo y el propietario en mayor medida de la nave le había advertido de que no le dejaría ya nunca más gobernarla puesto que todos los atardeceres se quedaba mirando cómo su inversión en aquel viejo pescador que antaño tantas ganancias le produjera, ya no servía para nada, y él perdía buenos denarios (y un número ya incontable de ases) que bien pudiera emplear en otros negocios.

El trato era que Tiburcio Numisio, una especie de armador o socio capitalista del negocio, percibiera el sesenta por ciento de la captura, si la hubiera. Y de esta barca llegaba al ciento los días en que ningún provecho obtenía, pues todas las tardes eso mismo, es decir, nada, había caído en sus redes, a excepción de algunos escuetos estorninos y otros peces de poco tamaño que el viejo repartía entre la tripulación.

Tan sólo se reservaba alguna sardina y puede que alguno de los más pequeños estorninos. Con aquéllos, su mujer, que como la barca también tenía un nombre secreto: María, prepararía una cazuela de pescado que serviría como única comida para varios días, tal vez aliñada con los restos del *garum*, regalo de un muchacho, que había depositados en una pequeña ánfora cerca del figón

que también le servía como pequeña fuente de calor para combatir la humedad de su pequeña casa, ubicada en el seno de una *insulae* o vivienda de pisos para varias familias, que tenía una única y oscura habitación alumbrada por varias lámparas de aceite y que estaba situada en la ladera meridional de una de las colinas de la ciudad, la más cercana al mar, en el arrabal de los pescadores, bajo el templo de Mercurio, un edificio que ellos mismos, los gremios de los *piscatores* y los *propolae* (vendedores ambulantes) habían erigido junto con la columna dedicada a los Lares.

Antes de volver a su casa, Lucio remendaba las viejas redes y disponía los aparejos de la barca para ser usados al día siguiente con la ayuda de un

muchacho de unos doce o trece años que se llamaba Claudio , un descendiente de una familia indígena romanizada que tuvo algún tiempo de aprendiz en su tripulación y que era el que en algunas ocasiones le regalaba al viejo pequeñas cantidades de la salsa *garum* que él en ningún caso se hubiera podido costear. Y dejaba secar al sol las artes de la pesca mientras le contaba al niño viejas historias de la mar y de tiempos tal vez mejores.

- Cuénteme cuando estuvo en la pesca de los atunes –decía el muchacho.

- Ya te lo he contado miles de veces –respondía el viejo.

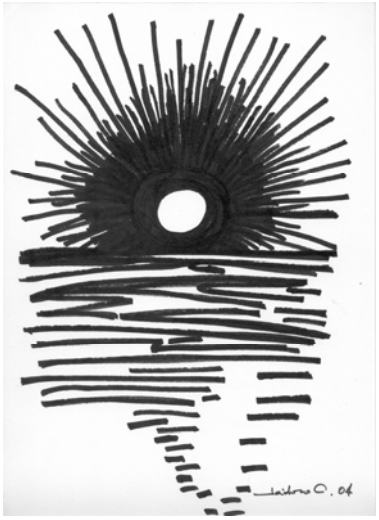
Al chico le gustaba escuchar historias de cuando el pescador era joven y capaz de lanzar el bichero con tanta fuerza como para atravesar y subir a bordo dos grandes túnidos. Lucio entonces ladeaba la cabeza hacia el sol del atardecer como si de él dependiera su inspiración y entornaba los ojos y como en un susurro muy grave pues tenía la voz quemada como la piel del salitre del mar y de estar sometido a una humedad constante, le volvía a contar a Claudio aquella parte de su vida que al niño tanto le apasionaba porque veía en ella un reflejo de sus ansias de ir a todos esos sitios que el viejo le iba relatando que había conocido, como el puerto de Sidón, aquella ciudad fenicia cuyo nombre significaba pueblo de pescadores.

Lucio tenía el semblante triste y aunque ese sentimiento no se trasladase a las palabras, en realidad tenía el pensamiento puesto en otros momentos más amargos de su vida que el viejo temía se volvieran a repetir. Nunca se había sentido tan mal como cuando estuvo encerrado con casi cuarenta mil personas más en las entrañas de la tierra, en esa zona que llaman el Cabezo Rajao y donde hubo un tiempo en que de allí y de los otros yacimientos mineros y de las fundiciones de la ciudad se enviaban a Roma, Estrabón lo cuenta, veinticinco mil dracmas o denarios diarios de plata.

Claudio se dio cuenta de los temores que asaltaban a su amigo.

- No tiene de qué preocuparse. Verá como vuelve a tener suerte.

El viejo no dijo nada. Miró de nuevo al sol y sonrió al muchacho.



- II -

En esta vida todo se negocia

Tiburcio Numisio caminaba por la vía que los urbanistas romanos habían conseguido, de alguna manera, trazar en aquella rara ciudad de cinco colinas como *decumano maximo,* es decir, la calle que constituía el eje este oeste en sus ciudades, y a la que más tarde, en la Nueva Cartago, se llamaría calle Caridad, y se encontraba a punto de doblar su esquina con el *cardo maximo,* o sea, el eje norte sur y que luego sería la calle de San Diego, aproximadamente. Llevaba el paso acelerado en dirección al foro e iba tan ensimismado que no reparaba en saludar a otros ciudadanos importantes que se cruzaban con él en la calle o llevaban su misma dirección. Luego se arrepentía porque era un hombre que prestaba especial cuidado a las relaciones sociales: no era la primera vez, por ejemplo, que daba una fiesta en su casa para los nobles patricios de la ciudad. Ésta, su casa, era una de las *domus* residenciales que había en la ladera este del Monte de la Concepción, en ese entonces llamado Mons Esculapii, antes de Eschmun, donde se dice que estaba el templo dedicado a Esculapio, el dios de la salud, y en ella no faltaban las más bellas esculturas traídas de todo el mundo conocido, así como la dedicatoria a Júpiter Stator.

Numisio era un tipo de unos cincuenta años largos, de tez cetrina y espalda encorvada. Tenía la cara ovalada y más estrecha por la zona de la frente que por la de la boca, de modo que cuando sonreía y dejaba ver su dentadura picada, negruzca y escasa, la cabeza se le asemejaba a una calabaza. Sobre el rostro le sobresalía una nariz que denotaba claramente su origen fenicio y unos ojos pequeños y vivarachos de forma almendrada y pupilas marrones. Vestía una túnica no enteramente blanca, sino ribeteada de azul bajo la que le asomaban unas finas canillas moteadas de un vello espeso y negro.

Tiburcio Numisio llevaba en esos momentos un único pensamiento en la cabeza. Esto le hubiera impedido darse cuenta de que se cruzaba en la calle con Cneo Agripa, su futuro consuegro, es decir, el padre del que habría de convertirse en su yerno, un personaje de lo más influyente en la ciudad que sin duda favorecería sus negocios, si no hubiera sido porque literalmente fue a dar con él y casi a hacerle caer al suelo del trompicón.

- Parecería que tienes algo en mi contra, Tiburcio.

- Disculpadme, noble Cneo, desde hace unos días no sé lo que me hago.

- Espero que sepas preparar unas bodas a la altura de las circunstancias. Pero no hace falta que eso te quite el sueño y la habilidad, sino todo lo contrario.

- Con la ayuda de los dioses no quedarás defraudado; pero son otras cosas las que me tienen hoy ajetreado, y esos deberes me reclaman con urgencia.

Y le dejó, como si dijéramos, con una gran interrogación sobre la cabeza. En ésta, la suya, Tiburcio Numisio llevaba la intención de coincidir en los baños públicos, en las termas que estaban en la zona de la después llamada calle Honda, con Niceforo Maximo, personaje de quien se afirmaba que contaba con la estima del Pretor y de los *questores* y *legati* porque, aun no siendo propiamente un jurisconsulto al que el Emperador hubiera concedido aquel *"ius dicendo ex autoritate principi"*, o sea, la capacidad de establecer con sus palabras doctrina jurídica, la interpretación más autorizada o consolidada sobre la ley, sino que podría considerarse más bien o un *legatus* o lo que se conocía con el nombre de *aliter negotiorum gestio* (gestor de negocios ajenos), sí que sus palabras y agudos razonamientos eran bien acogidos y casi siempre estimados por los administradores de la justicia romana.

Tiburcio Numisio era también un liberto como su dependiente el viejo y ahora desgraciado pescador Lucio, un ciudadano de la vieja Cartago Nova de origen fenicio, que había adquirido la ciudadanía romana, después de la época colonial de las postrimerías de la República en la que la ciudad alcanzó el grado de colonia, con el establecimiento del principado de Augusto cuando él era un niño de corta edad. Sin embargo había prosperado administrando con sabiduría una herencia, y generado con ella una amplia cartera de negocios

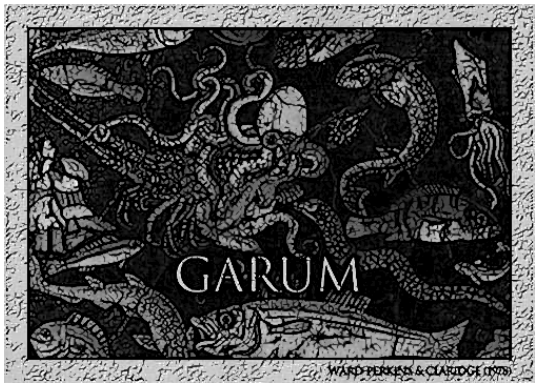
que abarcaban tanto desde la minería , hasta que entró en crisis (ciertamente este negocio lo había recibido pero lo fue abandonando gracias a su olfato que le indicó que descendía su rentabilidad y que además conforme pasaba el tiempo aumentaban las complicaciones burocráticas), como especialmente el fletado de varios mercantes con distintos cargamentos destinados a la capital del Imperio, así como dedicados a los suministros de mármoles y otros materiales para las obras públicas de la ciudad, y eventuales contratos con pesqueros, como el que patroneaba Lucio, que capturaban el *scomber*, o sea, la caballa, para destinar sus vísceras a la elaboración del *garum*, el famoso y preciado *garum sociorum* del que ya hablara Plinio el Viejo, que luego se servía como salsa en los banquetes de los patricios romanos y en cuyo proceso de elaboración también había invertido el avispado Numisio. Esa fortuna, y no su origen, era lo que le

permitía codearse con algunos personajes importantes y el acceso aunque limitado a las instituciones de poder de la ciudad, y más desde el momento en que su hija Salviola se había comprometido en matrimonio con uno de los descendientes del noble Cneo Agripa, ilustre personaje y patrono de la ciudad, pues su nombre figuraba inscrito en la piedra de alguno de los monumentos u obras públicas que se habían o estaban aún realizando, y al que había estado a punto de no cumplimentar o ni siquiera saludar por la calle.

A Tiburcio no le importaban las habladurías, o lo que él consideraba como tales, que corrían sobre la ligereza de cascos y escaso juicio de su futuro yerno, el joven Silio Agripa. En cambio no estaba dispuesto a perder más dinero ni a que aquel viejo, que ahora encima le había salido resabiado, pensaba refiriéndose a Lucio, le hiciese lo que él consideraba una burla de sus derechos que sin duda debían serle reconocidos por la justicia de Roma.

-III -

La salsa de la vida



Romana de origen era igualmente una viuda llamada Mainila (Clemens de *cognomen*) que regentaba la factoría en la que se elaboraban salazones y salsa *garum* y a la que Claudio iba casi todos los días a trabajar desde que su familia le prohibiera salir ya nunca más a pescar con el viejo Lucio, y no sólo por la mala suerte de todos conocida que pesaba sobre la barca, sino porque no querían bajo ningún concepto que su único hijo se dedicase a las faenas de la mar después de que unos años antes el hermano más pequeño y más querido de su padre, es decir, el tío de Claudio, desapareciese en el transcurso de un viaje marítimo y nunca más se volviese a saber nada de él.

El hecho de que fuera viuda era algo que ella afirmaba o se había encargado de pregonar en la ciudad. Fuentes bien informadas aseguraban que, antes de venir a establecerse en Carthago Spartaria, había abandonado a su marido en algún lugar de las Galias, adonde en primer lugar habían emigrado juntos, salvando lo que pudo de los ahorros familiares antes de que el susodicho lo emplease en continuar disfrutando de la famosa cerveza que se producía y se sigue produciendo por aquellos lares. En cualquier caso hacía

mucho tiempo de aquello, y la *viuda* Mainila Clemens era una ciudadana muy respetada en la ciudad al frente de un próspero comercio.

Muchos de estos negocios, y aun otros de mayor envergadura, se hallaban en manos de estos ciudadanos de la capital que en su momento habían emigrado hacia otros lugares del Imperio atraídos por sus riquezas naturales y la posibilidad de emprender una vida mejor o al menos con más posibilidades de hacerlo que en la propia Roma dada la menor condición social, económica o simplemente de relaciones de la que disfrutaban allí, mientras que en esos otros sitios, como por ejemplo en la ya antigua (valga la aparente antinomia) Carthago Nova, supieron hacerse un lugar entre los anteriores pobladores, transmitirles una cultura más elaborada y aun formar la oligarquía local dominante.

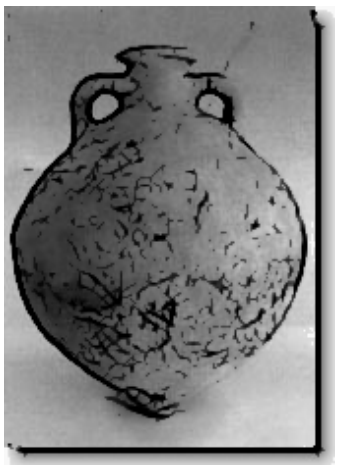
La explotación se hallaba en principio en la bahía de Escombreras, que al igual que la isla Scombraria, debe su nombre precisamente al pez *scomber*, donde de hecho se mantenía la sucursal dedicada a los salazones, que requería de más espacio, mientras que el *garum* propiamente y en el caso concreto de la explotación de la viuda Mainila era elaborado en su villa industrial sita en la misma ciudad.

Claudio era un muchacho de ojos alegres y grandes, sin embargo casi siempre ocultos bajo el flequillo de su pelo rubio, cortado al modo romano, que él se afanaba en apartar pasándose la mano por la frente y echándolo hacia atrás casi continuamente en un gesto que daba clara muestra de lo activo, tal vez nervioso, que era. Vestía la llamada *pallium*, o sea, la toga blanca de los humildes, la que lleva el monigote al que llamamos *palliatus,* y se le notaba que sentía un gran afecto por el viejo Lucio, debido seguramente a que éste le había enseñado a pescar, y aprovechaba cualquier ocasión para elogiarlo y defenderlo de quienes afirmaban que estaba rematadamente acabado. Por este motivo había aceptado el trabajo en la factoría, en la de salsa *garum* que mantenía Mainila en la ciudad, que era una especie de casa industrial de la época donde incluso vivían algunos de los empleados, en la parte más modesta desde luego, mientras que la dueña habitaba unas dependencias a las que se daba el nombre de *villicus*, le pareció bien este trabajo, aparte de porque enseguida congenió con la propietaria, debido a que le permitía seguir en contacto con las faenas del mar y además podía hacerse con algunos alimentos que luego daba al viejo de forma disimulada para que esto no le hiciera sentir humillado.

La viuda romana daba las órdenes e instrucciones con mucha energía: era una mujer de carácter, formado en las penalidades que la vida le había deparado y que había sabido hacerse un hueco en un mundo dominado por los hombres sin necesidad de tener que ponerse bajo la protección de ninguno, aun cuando ni antes ni ahora le hubiesen faltado pretendientes para compartir el lecho y el pequeño pero próspero negocio que regentaba y del que cuidaba como una madre celosa. Al muchacho le tenía un especial cariño, y así se dirigía a él como si quisiera convencerle de que allí tenía su futuro, lo que le convenía, y tal vez no en otras ensoñaciones que, no había más que mirarlo, ella sabía que le rondaban la cabeza.

Muchos trabajaban allí, aunque evidentemente no se pudiera decir que fuese una gran explotación que agrupase a tantos obreros o esclavos como en los tiempos en que la minería era la principal actividad económica de Carthago Nova como tantas veces le había contado a Claudio su padre y el propio Lucio, pues ambos habían pasado la amarga experiencia de trabajar privados de libertad y en durísimas condiciones en la Sierra Minera junto con cerca, en algún momento, de cuarenta mil hombres más.

En esta pequeña industria de la viuda Mainila se recibía el pescado y unos lo limpiaban y troceaban; otros se llevaban algunas partes a la factoría de la bahía de Escombreras para meterlas en los depósitos con sal y obtener así salazones. Claudio y sus compañeros se quedaban con la sangre y los intestinos del pescado y lo depositaban en pequeñas pilas con una salmuera especial, cuya receta se guardaba en el más absoluto secreto, para macerarlo, luego lo colaban y obtenían la preciada salsa *garum* o *garum sociorum*. Y otros, por último, la envasaban en pequeñas ánforas y las lacraban con el sello de la casa disponiéndolas así para su comercialización.



No era extraño ver por allí a Tiburcio Numisio, ni oírlo regatear precios con Mainila Clemens. Aquél le compraba grandes cantidades de salsa que almacenaba en depósitos de su propiedad, que estaban cerca del muelle comercial, tras aquellos bellos y bulliciosos soportales que formaban la columnata toscana del muelle mercante, donde todo se comercializaba, en esa zona de la ciudad a la que se denominaría la Puerta de Murcia y calle de la Morería. Allí los dejaba a la espera de que el mar y los vientos fueran propicios a la navegación o de encontrar algún arriesgado capitán con el que contratar el flete en las mejores condiciones.

Claudio los oía y soñaba con el mar.

-IV-

Por encima de la cordillera submarina está la fortuna, pero también la tempestad que arruina los sueños

Nada hacía presagiar aquel día la catástrofe que para Lucio se avecinaba; ese día que hacía el centésimo primero de su mala suerte y que era el último en que Lucio salía a faenar por cuenta de Tiburcio Numisio, quien le había anunciado la tarde de antes su firme disposición a no tratar ya nunca más con él y que tan sólo le concedía esta última oportunidad que el viejo debía aprovechar para resarcirle de las deudas que tenía contraídas con el armador y rezar a los dioses toda la noche si fuera necesario para que le favoreciesen y le llenasen las redes que tenía en la traíña del apreciado *scomber*, aunque aquélla fuese ya una vieja barca sin valor alguno que por esa misma conmiseración, le dijo, le permitiría quedarse para seguramente, insistió, desguazarla y hacer aunque sólo fuera leña para la lumbre. Y al viejo se le hizo un nudo en la garganta pensando en su pobre hogar y en su mujer.

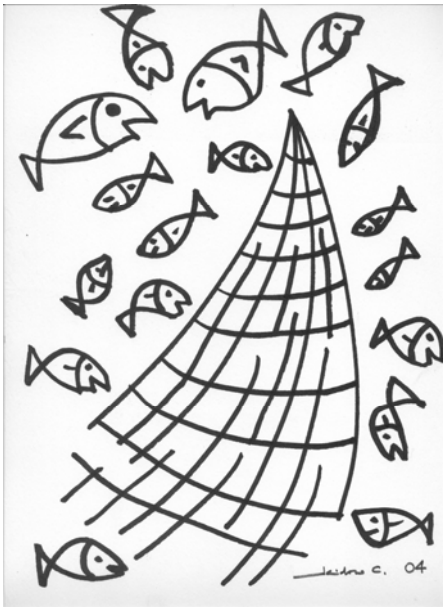
Lucio partió casi solo después de haber rezado efectivamente, pero luego de haber pasado la mayor parte de la noche conversando con ella, su mujer, consolándose mutuamente y recordando los muchos años que habían pasado juntos, lo mucho que se habían querido y la pena, dijo Lucio, de que ese amor no hubiera sido bendecido con un hijo. Al decir esto el viejo pescador tenía en el recuerdo a Claudio, ese niño al que quería como si fuera suyo, que había salido al mar muchas veces con él y que ahora se tenía que limitar, mayormente, a ayudarle por las tardes a remendar las redes y tenderlas para que se secasen al sol de Poniente.

Se adentró en el mar sin miedo a pesar de que aún corría la época a la que los romanos llamaban de *mare clausum* y según la costumbre no se podía navegar y los seguros marítimos no cubrían en ningún caso las eventualidades y los daños padecidos en la mar. De hecho éste era el último día de esa época en la que nadie se divisaba en la lejanía, pues a partir del siguiente la mar se abría y la estación pasaba a denominarse *Theros*, y no era normal que alguien se aventurase violentando con su impaciencia las leyes que desde tiempo inmemorial, antes incluso de la existencia del hombre sobre la faz de la Tierra, gobiernan los mares. Pero el viejo Lucio tenía necesidad de salir a faenar y en peores lides se había visto. El día, además, había amanecido claro y la mar presentaba la mejor de sus aparentes caras.

Así que navegó y navegó, y estaba ya a bastantes millas de la costa, lejos de donde solía faenar, en busca de la suerte que antaño le acompañara, en aquellos tiempos en que surtía de pescado fresco a varios revendedores ambulantes y a una de las más importantes factorías de salazones de Carthago Nova, aunque de esto no hiciera tanto tiempo o no el suficiente como para haberlo olvidado, como tampoco escapaba a su memoria, sino que por alguna razón en aquellos momentos se le venía a la cabeza, el tiempo en que fue esclavo en las minas, lejos del mar. Ahora estaba lejos, pero en el seno de lo que consideraba su medio natural: el mar, la mar.

Se dirigía hacia esa zona a la que los pescadores llaman El Canto porque es el borde de la cordillera que continúa bajo el mar desde la ciudad hasta más allá del Cabo de Palos. En ella el fondo es plano, como una meseta que se hubiera formado de cortar horizontalmente la montaña submarina, en cuyos extremos o bordes, los cantos, hay aguas muy profundas y ricas en peces que al pasar de un lado a otro entre las estribaciones de esa cordillera pueden quedar atrapados en las artes de pesca. El viejo lo sabía y se quería arriesgar: era su última oportunidad.

Cuando vio que tenía en línea recta a su izquierda la Torre de Hércules, el antiguo faro, con el sol de mediodía justo encima y las aguas de un azul un poco menos intenso, supo que se encontraba sobre esa meseta rocosa. Y aunque el viento de levante que ya comenzaba a soplar no le dio precisamente buenos augurios, caló las redes con la astucia que le daban sus muchos años, de manera que todos los peces que ya veía claramente en su imaginación y a los que retaba a ver si eran esta vez más listos que él, debieran caer en ellas como de hecho así ocurrió aunque hubiera de desprenderse de ellos, y no porque así lo quisiera, sino por causas de fuerza mayor. Sólo le quedaba esperar con la breve compañía silenciosa que llevaba en la barca: sus recuerdos y alguien más, casi nadie, todo lo que él quería, aparte de su mujer. Y confiaba, confiaba en su suerte que le presagiaba que ese día atraparía un buen banco de peces y en la bondad de un nuevo Dios de amor, cuya fe le había sido revelada.



-V-

La Justicia se pide después del baño

El agua caliente de los baños y tal vez el experto masaje que se recibe en las termas públicas, allí en la otra esquina del ágora, es decir en su extremo más occidental, aproximadamente a la altura de lo que después sería la Plaza de los Tres Reyes, prepara el cuerpo y sobre todo el espíritu propiciando las conversaciones que luego se sostienen en el templo de Augusto, el llamado *Augusteum*, y no se olvida aunque haya de cruzarse el foro y dejar a un lado las *tabernae* y a los que también conversan paseando por él, que se encontraría más o menos donde hoy la Plaza de San Francisco. De manera que el templo del Emperador es el lugar apropiado para tratar los negocios y transmitir las inquietudes a los personajes que luego podrán tener alguna influencia en Roma: así se ha desarrollado y llevado a cabo la monumentalización de la ciudad, promoviendo grandes obras públicas, y del mismo modo se siguen ventilando las inversiones de la metrópoli y las particulares de los patricios asentados en Carthago Nova.

Tiburcio Numisio se acerca, ungido por el baño y los caros perfumes, a Niceforo Maximo, y casi susurrándole al oído le propone que lleve ante la administración de justicia un asunto que ciertamente le tiene preocupado, tanto que casi no saluda a su futuro consuegro, el importante Cneo Agripa, por la calle cuando caminaba en dirección a las termas. Pero ahora está más relajado y se expresa con claridad y tal vez con excesiva contundencia.

"Necesito de su experto consejo –le dice-. Es de todos conocida su sabiduría en lo que se refiere a las leyes del Imperio, que más pronto que tarde se verá recompensada por el reconocimiento del Emperador."

"Resulta –prosigue- que tengo desde hace años contratados los servicios de un viejo pescador. En tiempos me fue muy bien con él ya que los dioses veían bien este acuerdo y lo favorecían. Pero ahora hace muchos meses que nada cae en sus redes y no me ocasiona más que gastos, pérdidas y más pérdidas. Hasta que un día, no se ha completado ni un ciclo de la Luna…"

El letrado escucha el relato de Tiburcio acariciándose repetidamente el mentón con los dedos índice y pulgar de la mano izquierda. Sentado sobre el sillón pétreo, el sobrante de la túnica cayéndole por los hombros, los brazos y las piernas, con postura erguida y semblante adusto, simulaba la egregia figura del Emperador y contrastaba, como la noche al día, con su interlocutor, que encorvado le hablaba al oído y de cuando en cuando dirigía su desconfiada mirada alrededor como si temiese que le estuvieran espiando, que alguien pudiera enterarse de lo que le estaba contando al prestigioso Niceforo Maximo.

Por fin el *legatus*, tras escuchar de esa forma tan atenta, le responde que estudiará el asunto y le dará contestación sobre si lo asume o no.

Tiburcio Numisio no puede quedar más satisfecho.

-VI-

La fe mueve montañas

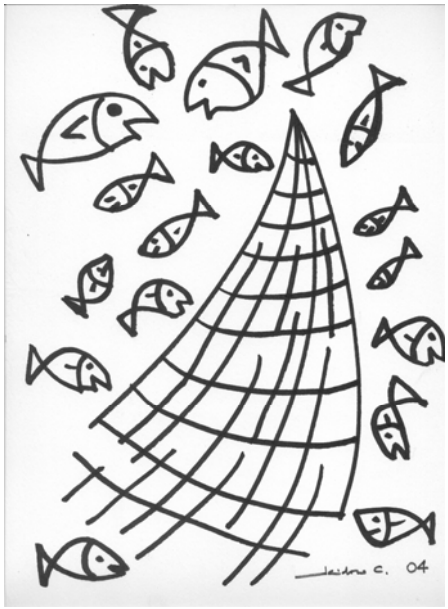
El mar quedó en calma casi cuando el sol se hundía en él y proclamaba la venida de la noche, una noche tras un día aciago en el que realmente aquél, el sol, apenas se había dejado ver entre la espuma de las grandes olas en cuyo seno se había debatido el viejo pescador intentando recuperar el control de su barca gobernada por el caos aparente o la cólera de algún gran dios. “Él nunca

perdona a los que le ofenden”, pensaba Lucio refiriéndose a su *patroncito* Tiburcio, después de que la terrible tempestad arruinase su captura, la única en meses de trabajo, mientras recogía los trozos que habían quedado de los aparejos y las redes algunas de las cuales había tenido que cortar y liberar la captura para evitar que el barco se fuera a pique con ellos y no porque su vida le importase sino debido a que alguien más le acompañaba y nunca se hubiera perdonado perderle. Sabía que pronto había de ser despojado de todo, posiblemente desahuciado de su humilde casa. Ya no tenía suerte y en el mundo no se conocía la piedad. Era un perdedor y hubiera preferido no volver nunca más a la costa, que la cólera del mar le hubiese arrebatado también la vida y no le sometiese a la vergüenza de la derrota si no hubiera sido porque realmente no estaba solo ni en la vida ni en la barca. Las palabras

de Tiburcio habían sido claras y terminantes: no habría más oportunidades para un viejo acabado como él. Ningún préstamo más. El contrato estaba roto.

Sin embargo, ya en tierra, recompuso como pudo las ajadas y viejas redes, casi tan viejas como él, así como calafateó con brea y reparó los desperfectos que la tempestad había ocasionado en la nave. Nada le dijo a su mujer aquella noche de la calamidad que se había cernido sobre él; tan sólo que había sido un día más de la mala suerte que en algún momento habría de terminar e irse como había venido, que confiara en él y sobre todo en el nuevo Dios del amor y de las gentes humildes. Se acostaron y durmieron sin apenas comer nada.

Al día siguiente se despertó pronto, más temprano que de costumbre, salió a faenar con aquella vieja nave y caló las redes en el mismo sitio donde el día anterior, es decir, en El Canto, como si de alguna manera esperase a la muerte que tan cerca había tenido unas horas antes. Pero en este nuevo día pescó, pescó tanto que él, ya completamente solo, apenas daba abasto sino con un terrible esfuerzo para alzar la captura a la barca. Y volvía a echar las redes y durante toda la jornada no paró de sacar peces de la mar.



La noticia se extendió como un reguero de pólvora entre los marineros. La buena suerte había vuelto al viejo Lucio. Vendió pescado fresco a los comerciantes y el resto a los saladeros y a las factorías de *garum* de manera que con las ganancias tenía para pagar sus deudas y aún le sobraba para recomponer su tripulación y esperar a que los vientos le volvieran a ser favorables y a sonreírle la fortuna.

"Se presentó en mi casa al día siguiente de esa gran captura, y me ofreció saldar sus deudas. Pero yo me negué –le decía Tiburcio a Niceforo en el *Augusteum*, después de haber recibido el baño termal también en su compañía pues se había hecho el encontradizo con el prestigioso letrado-, porque entiendo que según la ley me corresponde también participar en las ganancias de ese afortunado día que tuvo el viejo, ya que tanto he hecho por él."

-VII-

La esperanza es lo último que se pierde

Llegó el día señalado por el Pretor para que las partes en el litigio expusieran sus puntos de vista y los fundamentos legales en los que apoyasen sus pretensiones, escucharlos y resolver en consecuencia. La cita era en la basílica, cuyas dependencias se hallaban al lado del *Augusteum*. No todas las ciudades contaban con ella, pues sólo algunas eran las sedes o capitales de los conventos jurídicos que era como se dividían a estos efectos, jurídicos en principio, los territorios bajo la administración romana. A ellas se desplazaban periódicamente los *pretores*, *quaestores* y los *legati* con la finalidad de impartir justicia, aunque es probable que en el llamado *Conventus Iuridicus Carthaginensis*, por su importancia, existiese alguno de estos funcionarios imperiales de forma permanente para resolver los conflictos entre los cives o ciudadanos romanos cuya jurisdicción se extendía, según Plinio, a los siguientes:

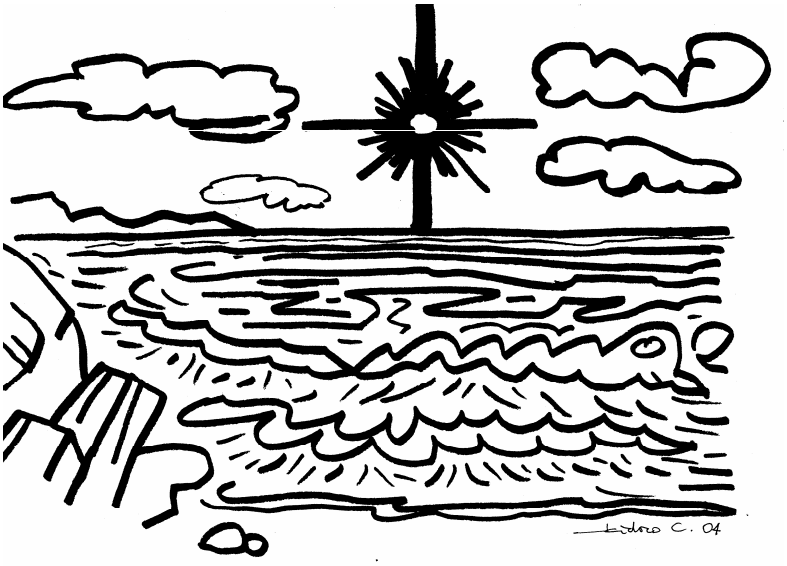
"A Carthago concurren hasta sesenta y cinco pueblos, exceptuando los habitantes de las islas; de la colonia accitana gemellense, y de la libisoana, cognominada foroaugustama, dos pueblos a los que se ha sometido el derecho itálico; de la colonia salariense, cuyos ciudadanos gozan del derecho de los latinos antiguos, los castulonenses, cognominados también caesarii iuvenales; los saetabitani, apellidados augustani, y los valerienses. Entre los pueblos que gozan del derecho de los estipendiarios, los más conocidos son los alabanenses, los bastitani, los consaburrenses, los dianenses, los egelestani, los ilorcitani, los laminitani; los mentesani, conocidos también como oretani; los mentesani, apellidados bastuli; los oretani, cognominados germani; los segobrigenses, cabeza de la Celtiberia; los toletani, que están sobre el río Tagus y son cabeza de la Carpetania, y tras ellos los viatienses y los virgilienses".

Así que todos estos pueblos y sus gentes se hallaban sometidos a la jurisdicción del convento jurídico de Carthago Nova, de manera que debían acudir a la ciudad para resolver sus litigios, un factor más que añadir a la intensa actividad comercial que da una idea del hervidero de personas, del cosmopolitismo del que gozaba la ciudad.

El viejo Lucio comparecía solo y las cosas se iban desarrollando muy mal para él, en realidad de mal en peor. La oratoria de Niceforo Maximo, que representaba a Tiburcio, era apabullante y se notaba que el magistrado le escuchaba con atención puesto que de alguna manera le hablaba en su lenguaje. Daba la impresión de que el viejo Lucio fuera un aprovechado egoísta, un desagradecido que se rebelaba y mordía la mano que antaño le alimentara y que había perdido la captura del día de la tempestad, el último de su mala suerte, casi a propósito. Niceforo peroraba que no había habido suficiente riesgo para su vida ya que los elementos no habían estado tan enfurecidos aquel día y que, por tanto, afirmaba mirando muy fijamente al Pretor, no era de aplicación la antigua *lex Rodia de jacto*.

“En consecuencia es el pescador Lucio el que tiene que asumir exclusivamente las pérdidas de aquel día puesto que hubo captura, la tuvo en su poder y no existió causa que justificase que se desprendiera de ella lanzándola por la borda. Es por ello, digno magistrado, que debe compensar al ciudadano Tiburcio en su parte y en los perjuicios ocasionados entregándole la mayor parte de las ganancias que obtuvo con la captura del día siguiente”, terminó Niceforo afirmando con enorme contundencia y casi con la total seguridad de que ganaría el litigio.

Algunos testigos incluso habían asegurado que el pacto entre el viejo Lucio y Tiburcio seguía vigente el día en que la fortuna sonrió de nuevo al pescador. Y hasta el momento no había prueba de lo contrario. El resultado estaba cantado: lo perdería todo. Un murmullo recorrió la estancia. El joven Claudio se levantó de entre la gente que presenciaba aquel juicio, y dijo:

“Señor, de la misma forma que con mis propios oídos escuché en los muelles la víspera de la tempestad a Tiburcio Numisio decir que jamás volvería a tratar con el viejo Lucio, y que su pacto estaba roto por completo si en esa última oportunidad no le proporcionaba alguna ganancia, vi con mis ojos al día siguiente cómo el mar levantaba olas como montañas, pues la cólera de los dioses se había despertado. El viejo pescador tuvo que salir a faenar en busca de su suerte ese último día de *mare clausum*, yo estaba allí en contra de los deseos de mis padres, pero estaba allí y vi cómo tuvo que arrojar la captura para que salvásemos la vida. Es tan cierto y verdad como que todo el mundo sabe que en esa época está establecido por leyes inmemoriales que no se debe tocar el mar que todavía anda cultivando sus frutos.”

Por aquella época, más o menos, se cuenta que un hombre llamado Santiago había llegado por mar a la ciudad y fue predicando entre sus habitantes más humildes una nueva fe de amor y esperanza.